



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Religión y formas de producción de etnicidad:

La Iglesia Anglicana en la Argentina

Paula Seiguer (CONICET - UBA)

Es bien conocido que en el cristianismo existe una permanente tensión entre lo universal y lo particular. La traducción de lo universal a lo local es indispensable, dado que es la sacralización de espacios y mitos locales y su vinculación con las “verdades” míticas de la religión universal lo que permite la inserción en (y apropiación de) ese relato por parte del individuo y las comunidades, y lo vuelven verosímil. Los santos, fiestas, apariciones milagrosas y reliquias locales son indicadores de la relación única y especial de la divinidad con esa comunidad, y le permiten pensarse como pueblo elegido, creando de esta forma un compromiso, su propia alianza con Dios, que actúa luego como puente hacia los aspectos más universales de la religión.

Por este motivo, la religión cristiana ha mantenido a lo largo de la historia una relación compleja, pero ineludible, con el desarrollo del moderno concepto de la nación, y con las variadas formas que adquiere la producción del sentido de pertenencia a ella.¹ En la Argentina, numerosos historiadores se han abocado a descifrar los modos en que se

¹ Adrian Hastings, por ejemplo, explica esto refiriéndose a los dos modelos de identidades colectivas que ofrecen el Antiguo Testamento (el de Israel, el pueblo elegido, prototipo según Hastings de la nación) y el Nuevo Testamento (el del Imperio Romano y la Iglesia universal). Cabría preguntarse si no se trata de tres modelos (un imperio, aunque no se plantee fronteras *a priori*, y una iglesia universal, aunque a menudo sea compulsiva, tienen aspectos demasiado disímiles como para ser pensados en conjunto), pero aún así queda claro que el cristianismo ofrece la noción de un universo compuesto de naciones, que pueden considerarse como pueblos elegidos (“el nuevo Israel”), y al mismo tiempo pensarse como parte de una cristiandad supranacional. HASTINGS, Adrian *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Cambridge University Press, Madrid, 2000, cap. 8.

construyó la identificación entre nación y catolicismo, y el peso que esta configuración del imaginario ha tenido en los terrenos de la política, la cultura y el derecho nacional.² Menos frecuentados, los sentidos religiosos de pertenencia nacional de quienes no profesan la religión mayoritaria han despertado sin embargo una atención creciente en los últimos años.³

En este trabajo pretendemos reflexionar acerca de las complejidades de esta construcción de identidad religiosa-nacional en un país como la Argentina de principios del siglo XX a partir del caso de la Iglesia Anglicana y su vínculo con la colectividad británica en general, e inglesa en particular. Más allá del rol indudable que el protestantismo ha jugado en la historia de la formación de la nacionalidad inglesa (hacer justicia a esta relación excedería absolutamente los límites de este trabajo), en la Argentina la Iglesia Anglicana jugó de múltiples maneras para ayudar a construir ese sentimiento de “nosotros” que la comunidad inglesa necesitaba para conformarse como tal.

La Iglesia Anglicana fue la primera denominación no-católica en instalarse oficialmente en la Argentina: en 1825 el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación firmado por Gran Bretaña y las Provincias Unidas del Río de la Plata incluyó una cláusula garantizando la libertad de culto para los súbditos británicos,⁴ lo que permitió que el 25 de mayo del mismo año se consagrara en Buenos Aires la primera iglesia protestante. Durante la primera mitad del siglo XIX el respeto por la religión de la colectividad fue mantenido sin mayores conflictos, exceptuando alguna que otra escaramuza en el caso de matrimonios mixtos, y la presencia creciente de británicos en las últimas décadas del siglo, sumada al proceso de ampliación de las garantías religiosas para cultos minoritarios abierto por la sanción de la Constitución en 1853, hizo crecer en cantidad las capillas y centros de culto y en

² Véase a modo de ejemplo DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo – Mondadori, Buenos Aires, 2000; ZANATTA, Loris *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999; CAIMARI, Lila *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel-Espasa Calpe, Buenos Aires, 1995.

³ Véase por ejemplo BJERG, María *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1930)*, Biblos, Buenos Aires, 2001, y BRAUNER, Susana *Ortodoxia religiosa y pragmatismo político. Los judíos de origen sirio*, Lumière, Buenos Aires, 2009, entre una multiplicidad de ponencias y tesis de posgrado actualmente en elaboración.

⁴ El artículo 12° les aseguraba la libertad de conciencia y el permiso para enterrar a los muertos en un cementerio propio, además del derecho “a celebrar el oficio divino ya dentro de sus propias casas o en sus propias y particulares iglesias o capillas, las que estarán facultadas para edificar y mantener en los sitios convenientes que sean aprobados por el gobierno de dichas Provincias Unidas”, citado según FERNS, H.S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar, Buenos Aires, 1992 (1ª ed. 1966), p. 122.

importancia a la Iglesia. A pesar de una notable actividad misionera,⁵ esta siguió siendo identificada con la colectividad, tanto en el imaginario interno como en su relación con el mundo "exterior".

En 1929 el Obispo Edward Francis Every, segundo obispo anglicano para América del Sur, decía con orgullo:

“tenemos gente de la tercera y cuarta generación en el país todavía totalmente inglesa, y es algo bastante común preguntar a un niño o a una niña: ‘¿Cuándo viniste de casa?’ o: ‘¿A qué colegio ibas en Inglaterra?’ y recibir la respuesta: ‘Jamás he estado en casa’, tan efectivamente ha sido preservada la nacionalidad inglesa.”⁶

La preocupación por la preservación de lo inglés permeaba las hojas de las publicaciones de la diócesis anglicana durante las primeras décadas del siglo XX. De acuerdo con el obispo, tres factores resultaban cruciales para resistir la asimilación: la existencia de una comunidad (es decir, de espacios de sociabilidad que excluyeran a los nativos y que permitieran a los ingleses encontrar una pareja de su propia nacionalidad), la iglesia y la escuela.⁷ Esta idea básica imprimió su huella en la actitud tomada por la Iglesia frente a los casamientos, la educación de los hijos y frente a la misma religión, todos los cuales se cargaron de una misión preservadora de la nacionalidad y de los valores que eran asociados a ésta. Por ello, este trabajo se pregunta por la naturaleza del vínculo que la Iglesia Anglicana estableció con la colectividad inglesa, y por la forma en que la cuestión de la recreación y reproducción de la nacionalidad fue convertida desde la Iglesia en una problemática pastoral, perteneciente al ámbito de lo religioso.

El "peligro" de los matrimonios mixtos

⁵ Véase SEIGUER, Paula “Anglicanos misioneros y metodistas étnicos. Un replanteo de la clasificación usual de las iglesias protestantes en la Argentina entre 1870 y 1910”, en BERTONI, Lilia Ana y DE PRIVITELLIO, Luciano -compiladores- *Conflictos en democracia*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2009, pp. 71-88, y "El espacio del protestantismo proselitista en Buenos Aires. El caso de William Morris, 1895-1932", en TOURIS, Claudia y CEVA, Mariela -coordinadores-, *Los avatares de la nación católica. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 2012 (en prensa).

⁶ EVERY, Edward, *Twenty-five years in South America*, SPCK, Londres, 1929, pp. 69-70. Nótese aquí el uso de la palabra *home*, que traducimos como "casa", y más adelante como "hogar", para referirse a Inglaterra. Este uso era el habitual en las fuentes, y refleja muy claramente la elección de la colectividad por negar la circunstancia de la emigración y seguir pensando a la Argentina como un país en el que se encontraba "de paso".

⁷ EVERY, Edward, *Twenty-five*, cit., pp. 66-67.

Para cualquier colectividad decidida a mantener su identificación étnica de origen, la desproporción habitual entre emigrados hombres y mujeres introducía serias complicaciones, y la británica no era una excepción.⁸ Dado que los hombres tendían a compensar este déficit casándose con argentinas, la cuestión de los matrimonios mixtos aparecía como urticante para quienes se preocupaban por la preservación de la nacionalidad inglesa en la Argentina.

En marzo de 1912 apareció en la revista oficial de la Iglesia Anglicana, *The Diocesan Magazine of the Anglican Diocese in Argentina and Eastern South America*, un artículo titulado “Matrimonio y nacionalidad mixta”,⁹ escrito muy probablemente por el Rev. C. E. Newbould, en ese momento capellán de Morro Velho, en Minas Geraes, Brasil. El artículo sostenía que si un inglés se casaba con una “nativa” de “uno de estos países sudamericanos” debía anglicizar a la esposa y asegurar que los hijos crecieran ingleses “en idioma, sentimiento, carácter, y perspectiva social” por tres motivos: porque "por motivos patrióticos el hombre y su familia deberían ser preservados en la integridad del Imperio", porque "ser cortados socialmente del tronco paterno" implicaba para los hijos perder valiosas cualidades de la raza inglesa, y porque se perdería la oportunidad de influenciar beneficiosamente a la Argentina con el "vigoroso sostén de las mejores tradiciones de nuestra raza." El idioma y las costumbres inglesas conllevaban una dimensión moral, y eran portadores de las virtudes nacionales. Estas virtudes nacionales (que parecen haber sido parte del sentido común de la colectividad) incluían la veracidad, la honestidad, la formalidad en las relaciones comerciales, la puntualidad, la dedicación al trabajo, la firmeza de carácter, la seriedad y confiabilidad, y la caridad cristiana. La principal herramienta para mantener a los niños ingleses era, según Newbould, el uso exclusivo del idioma inglés en el hogar, aunque

⁸ El análisis de la cuestión demográfica entre la población de origen británico en la Argentina excede el ámbito de este trabajo. La problemática está siendo estudiada para el siglo XIX por Alina Silveira, quien desarrolla su investigación doctoral titulada “La colectividad británica en el siglo XIX” en el marco del programa de doctorado en Historia de la Universidad de San Andrés. Los dos trabajos más relevantes publicados hasta el momento son los de JAKUBS, Deborah Lynn *A Community of Interests: a Social History of the British in Buenos Aires, 1860-1914*, tesis de doctorado inédita presentada ante la Universidad de Stanford en diciembre de 1985; y FREUNDLICH DE SEEFELD, Ruth “La integración social de extranjeros en Buenos Aires según sus pautas matrimoniales: ¿pluralismo cultural o crisol de razas? (1860-1923)” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 1 no. 2, abril de 1986, pp. 203-223.

⁹ “Marriage and mixed nationality”, *Diocesan Magazine*, marzo de 1912, pp. 154-155. En el caso de esta y otras citas originalmente en inglés, que se ha optado por no transcribir por una cuestión de espacio, se trata de traducciones de la autora.

admitía la necesidad de que los niños aprendieran el idioma del país. Por otra parte, los colegios ingleses debían admitir la menor cantidad posible de niños “nativos”. “Parece necesario” concluía Newbould, “que un hombre que tenga la fortuna de casarse con una nativa deba elegir deliberadamente con cual nación se aliará socialmente”.

El problema del matrimonio de los hombres ingleses con las “nativas” resulta algo más complejo de lo que podría suponerse inicialmente. En primer lugar, porque los criterios empleados por autores eclesiásticos y otros miembros de la colectividad para definir un inglés o un nativo no coincidían con aquellos de la legislación argentina (y por ende, de los censos o anuarios estadísticos, o cualquier otra fuente oficial que se tome como referencia). Cuando Every, Newbould, la *Diocesan Magazine*, o sus lectores decían “nativo” se referían a argentinos sin ascendencia inglesa. Pero existían también muchas personas que eran argentinas para la ley, pero ingleses para estos actores: los angloargentinos. Las fuentes nos indican que muchos de aquellos matrimonios que en un análisis de las fuentes oficiales parecen “mixtos” o exogámicos, se producían en realidad entre mujeres de la colectividad (de segunda o tercera generación establecida en el país, puesto que la inmigración británica es muy temprana en la Argentina) y hombres inmigrantes.¹⁰ Sin embargo, la categoría de angloargentinos resulta igualmente imprecisa. Existían descendientes de ingleses de tercera o cuarta generación que, como afirmaba Every, eran considerados ingleses por la colectividad. Otros, sin embargo, no lo eran ya en la segunda generación, dispersando así cualquier duda que pudiera haber de que los actores estuvieran simplemente aplicando el criterio de *jus sanguinis* prevaleciente en la legislación británica.

Pero puesto que la definición legal no es suficiente, se plantea entonces un interrogante: ¿Qué convertía a un matrimonio en mixto? De hecho, un matrimonio podía ser mixto en dos sentidos: lo era desde el punto de vista nacional, cuando los contrayentes eran un británico/a y una persona de otra nacionalidad; pero también lo era, desde una óptica religiosa, cuando las dos personas que se unían pertenecían a distintas confesiones. Estos dos criterios a menudo se superponían en el discurso de la Iglesia, que asumía la ecuación inglés=anglicano, y también en el uso habitual de los actores, donde los “nativos” eran

¹⁰ Cfr. JAKUBS, Deborah Lynn, *A Community...*, cit., p. 207: “El hecho de que un inglés tomara una esposa argentina no es en sí mismo una razón para asumir que se estaba asimilando dentro de la cultura ‘nativa’; en realidad es posible que el proceso que estuviera operando fuese justamente el opuesto, y la novia puede haber estado casándose con un inglés para mantener las tradiciones culturales y evitar su propia asimilación.”

simplemente los argentinos de ascendencia española o italiana (entre los cuales el catolicismo era predominante). A los efectos de nuestro estudio, sin embargo, podemos intentar desdoblarlos para el análisis, evitando asumir como natural una correlación entre nacionalidad y religión.

a) Lo inglés y lo argentino

¿Cuál era entonces la frontera invisible entre lo inglés y lo argentino, que hacía que los hijos de algunos matrimonios se perdieran para la colectividad mientras que otros permanecieran dentro de ella? La respuesta requiere que analicemos las características que para los actores conllevaba la definición de “lo inglés” como diferente a “lo argentino” o “nativo”, considerando que estas dos imágenes se construían por oposición en un proceso continuo, en el marco de la lucha por la definición de las características del “nosotros” de la colectividad inglesa.

Una primera aproximación nos muestra ya la complejidad de esta identidad. En efecto, debemos preguntarnos si el término “inglés” es el adecuado, o si deberíamos reemplazarlo por “británico”. En la Argentina había inmigrantes provenientes de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda. Sin embargo, tanto las fuentes como la bibliografía tienden a homogeneizarlos en la palabra “ingleses”. Es claro que esto es erróneo desde una perspectiva política, aunque el grado de identificación de los migrantes de las diversas naciones contenidas en el Reino Unido con el colectivo y/o con su nación de origen específica es discutible.¹¹ Se ha sostenido, por ejemplo, que los irlandeses no objetaban a ser identificados como “ingleses” al momento de llegar a Buenos Aires, sino que, por el contrario, esta identificación, sumada a la anglofilia de las élites porteñas podían hacer a la Argentina un destino más atractivo, ya que en él los irlandeses eran socialmente más valorados que en los destinos angloparlantes.¹²

Por otra parte, esta denominación genérica de “ingleses” parece haber expresado el éxito de una élite comercial-financiera, efectivamente inglesa, en convertirse en vocera y representante de los inmigrantes británicos, y también la construcción colectiva de una serie de instituciones comunitarias que constituían ámbitos de sociabilidad en los cuales los

¹¹ Cfr. COLLEY, Linda *Britons, Forging the Nation 1707-1837*, Yale University Press, New Haven, 1992.

¹² Cfr. MURRAY, Edmundo *Devenir irlandés. Narrativas íntimas de la emigración irlandesa a la Argentina (1844-1912)*, Eudeba, Buenos Aires, 2004.

británicos se encontraban y elaboraban una noción del “nosotros” que no coincidía con las ideas e identificaciones previas. En la Argentina, un escocés podía no objetar a ser identificado como inglés, quizás en parte porque entendía a esta como una clasificación lingüística. La lengua o el horizonte imperial podían ser más poderosos que las divisiones internas de la Gran Bretaña. Sin embargo, y dado que las identificaciones colectivas son relacionales, en determinadas circunstancias (dentro de una iglesia presbiteriana, por ejemplo, o en ocasión del baile caledonio) la identidad escocesa podía revalorizarse y volverse excluyente de otros británicos.¹³ En la Argentina la labilidad de las identificaciones nacionales de origen adquirió una nueva dimensión, en la que “inglés” y “británico” podían significar lo mismo, incluso para un británico no inglés, o no significarlo, dependiendo de la situación específica. La colectividad era a veces la de los angloparlantes, otras veces la de los británicos, otras veces sólo la de los ingleses en sentido estricto, y sus instituciones reflejan esa versatilidad.

Debemos pensar por ende que el “ser inglés” o “ser británico” en la Argentina era algo diferente a serlo en Gran Bretaña, o en otras partes del mundo. Como un ejemplo, veamos la siguiente cita de Every, que nos lleva otra vez a la acuciante cuestión de la pérdida de la identificación étnica:

“Esta retención de la nacionalidad es en gran medida una cuestión de educación; aquellos que pertenecen a nuestras clases obreras, como se las llama, rara vez la retienen en la segunda generación.”¹⁴

En la Argentina, quienes gozaban de cierto nivel económico y educativo tenían mejores chances de seguir formando parte de la comunidad. Ser inglés implicaba acceder a las instituciones en donde se mantenía la nacionalidad: colegios, clubes, sociedades, iglesias, que se sostenían cobrando una cuota a los miembros. En estas circunstancias, probablemente la pérdida de la identificación con Inglaterra se observaba más rápidamente entre aquellas familias cuyos hijos no podían disfrutar plenamente de las instancias comunitarias. Pero en el comentario de Every se observa algo más: desde su perspectiva la educación y la posición social volvían a alguien más profunda y tenazmente inglés. Esto coincide con la apreciación social de la colectividad inglesa como un grupo de prestigio

¹³ Cfr. CORTÉS CONDE, Florencia *Los angloargentinos en Buenos Aires. Lengua, identidad y nación antes y después de las Malvinas*, Biblos (colección La Argentina Plural), Buenos Aires, 2007.

¹⁴ EVERY, Edward *South American Memories of Thirty Years*, SPCK, Londres, 1932, p. 44.

estereotipado, en el cual John Bull¹⁵ no tenía cabida. Ser inglés en la Argentina era ser un *gentleman*.¹⁶

No debe entenderse a ésta como una afirmación respecto de la estructura socioeconómica de la comunidad inglesa real. Todos los datos disponibles (aún si estos son escasos ante la falta de estudios más específicos) refuerzan la impresión de que la mayoría de los ingleses que ingresaban a la Argentina eran trabajadores calificados (mecánicos, artesanos de diversos tipos, empleados de comercio, etc.). Unos cuantos de ellos, además, venían a la Argentina bajo contrato, por un número limitado de años. Aparentemente los prósperos comerciantes, estancieros y gerentes de ferrocarriles y casas financieras eran una ínfima pero poderosa élite dentro de la colectividad, que se arrogaba exitosamente la representación de ésta en las funciones sociales más destacadas, y que era vista como representativa por el conjunto de las élites locales. El comentario se refiere entonces a esa imagen de poderío económico y superioridad social que este sector dominante dentro de la colectividad lograba proyectar hacia afuera de ella. Esto fue posible probablemente debido a la coincidencia entre los prejuicios positivos hacia la inmigración anglosajona vigentes en la Argentina, las ideas de superioridad inglesa frente al resto del mundo que prevalecían en Inglaterra y los intereses de la colectividad: si ser inglés representaba un plus en la escala social, eso era beneficioso incluso y sobre todo para el trabajador británico de baja calificación, pero también lo era para el gran comerciante, que veía reforzado su liderazgo comunitario a través de esa imagen.¹⁷

Existía además un acervo de ideas que circulaban en la época, que constituían significados disponibles para la definición del “nosotros” y el “ellos”, y que facilitaban la decodificación de las diferencias en términos de la superioridad británica. El nacionalismo abierto y contractual, basado en el *jus sanguinis*, pero fundado en una dimensión más político-moral que biológica, que observábamos en la cita de Newbould reflejaba toda una tradición de afirmación de la superioridad anglosajona en base a sus instituciones y costumbres, que

¹⁵ John Bull es el prototipo del campesino inglés, personificación del “hombre común”, la “sal de la tierra”, y por lo tanto del ideal romántico del pueblo genuino, que preserva las raíces folklóricas “puras” de la identidad nacional.

¹⁶ Al respecto, véase la importancia dada por los círculos de la alta sociedad porteña al término y su asociación con la colectividad británica a través de los deportes en LOSADA, Leandro *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, pp. 188-197.

¹⁷ Cfr. BAILEY, John “Inmigración y relaciones étnicas. Los ingleses en la Argentina” en *Desarrollo Económico* 18.72, enero-marzo de 1979, p. 554.

conoce una larga historia, estrechamente relacionada en su origen con la Reforma.¹⁸ La teoría sobre la superioridad de las instituciones anglosajonas a menudo se combinó durante el siglo XIX con otras ideas, que ligaban la superioridad del pueblo inglés al terreno racial-biológico, y enfatizaban la ascendencia germánica de los anglosajones para vincularlos al desarrollo de las teorías sobre la superioridad racial de los pueblos arios, pero no debe confundirse con ellas. A principios del siglo XX, el uso de raza como sinónimo de nación estaba ampliamente difundido, y no conllevaba necesariamente una impronta racista en el sentido de implicar una jerarquía biológica entre las diferentes naciones. En Gran Bretaña,¹⁹ sin embargo, una tradición intelectual influyente vinculaba al racismo con el cristianismo. Esta corriente (que llegó a tener un enorme éxito más tarde en los Estados Unidos) se enfocaba en la misión cristiana de los anglosajones, llamados a ejercer un paternalismo benévolo sobre las razas inferiores del mundo. Al racismo propiamente dicho vino a sumarse otro concepto, estrechamente ligado a lo religioso, que sostenía que el poderío y la pujanza británicas eran obra de Dios, y testimonio de que los británicos se habían convertido en el pueblo elegido. Presente ya desde mediados del siglo XIX,²⁰ esta idea se convirtió en parte integral del orgullo imperialista en las últimas décadas del siglo. De la misma manera en que el éxito comercial de un protestante podía ser visto como señal de su elección divina, el Imperio era visto como un don de Dios a sus elegidos, una confirmación de la superioridad británica sobre los otros pueblos.

En suma, en esta época circulaban múltiples justificaciones de la superioridad británica, y estas tendían a encadenarse y fusionarse entre sí, a través de imágenes como “la carga del hombre blanco”, que podían ser coloreadas de formas diferentes según las convicciones del individuo específico que las enunciara. Por otra parte, la enorme difusión y variedad de este complejo mundo de representaciones hacían que palabras como “raza”, “pueblo”, “Imperio”, o “nación” fuesen usados en forma indistinta, pero también llenados de contenidos que variaban no sólo de acuerdo con el autor de la enunciación sino con las circunstancias específicas de esta, por cuanto las precisiones conceptuales de los teóricos en

¹⁸ Dentro de la abundante bibliografía dedicada a esta cuestión sobresale por su claridad la exposición que hace HORSMAN, Reginald *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, F.C.E., México, 1985, capítulo 1 “La libertad y los anglosajones”.

¹⁹ Cfr. MOSSE, George *Toward the Final Solution*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1985 (1978), cap. 5 “Britain lends a hand”, y HORSMAN, Reginald *La raza...*, cit., cap. 4 “El anglosajonismo racial en Inglaterra”.

²⁰ Cfr. NEWSOME, David *El mundo según los victorianos*, Andrés Bello, Barcelona, 2001.

la temática quedaban muy lejos del uso habitual de los términos. A los efectos de este trabajo, sin embargo, basta con destacar el hecho de que el ser británico era concebido por los actores como algo positivo y superior al ser argentino, y que el orgullo de formar parte de una raza, cultura, o civilización superior (y la voluntad de seguir formando parte de ella) aparece como una constante en las fuentes.

b) Lo anglicano y lo católico

La Iglesia Anglicana no se oponía formalmente a las uniones entre católicos y protestantes, y no exigía del contrayente que profesaba otra religión que la cambiase. De hecho, el matrimonio no constituye para las iglesias protestantes un sacramento.²¹ El servicio nupcial es simplemente la bendición de una unión civil. Más aún, la Iglesia Católica era oficialmente reconocida como una iglesia cristiana legítima, por lo cual, por ejemplo, no era necesario rebautizar a aquellos que habiendo sido católicos se convertían al anglicanismo, y tampoco era necesario volver a casar a quienes habían sido casados por un sacerdote católico. Por ello, el problema inicial al que se enfrentaba la pareja “mixta” era el de lograr el reconocimiento del casamiento por parte de la Iglesia Católica. Ésta exigía para officiar la ceremonia (la única que reconocía como válida) que el contrayente protestante que no renunciaba a su religión se comprometiese solemnemente a dejar a su pareja seguir siendo fiel a su Iglesia, y a dar a sus hijos la religión católica.

Precisamente por este motivo, la 5ta Conferencia de Lambeth, de 1908, advirtió en su resolución no. 67 a los anglicanos en contra de contraer matrimonios con los católicos en estas circunstancias.²² La advertencia, que como todas las decisiones tomadas por las Conferencias sólo tenía valor de sugerencia doctrinal, no se basaba en una animadversión específica contra la Iglesia Católica. Por el contrario, esta fue la misma Conferencia en donde se definió a la búsqueda de la reunificación de toda la cristiandad como un deber de todo anglicano, comenzando así con toda una tradición de acercamiento a otras iglesias

²¹ Esto, por supuesto, constituye una generalización. De hecho, en el seno de la Iglesia Anglicana coexisten diversas posturas respecto de los sacramentos. El sector más cercano al calvinismo (Low Church) solo acepta como tales a la Santa Cena y el Bautismo, y para la parte más liberal (Broad Church) todo sacramento es en realidad simbólico y no tiene una eficacia práctica. Para el sector anglocatólico (High Church), sin embargo, existen también otros cinco sacramentos menores, entre los cuales se encuentra el matrimonio.

²² *Conference of Bishops of the Anglican Communion. Encyclical Letter &c.*, Londres, 1908. La Conferencia de Lambeth es la reunión de los obispos de la Comunión Anglicana que se celebra aproximadamente cada diez años desde 1867 para llegar a acuerdos en materia de doctrina y práctica eclesiástica.

(incluida la católica). El espíritu anglocatólico por entonces predominante dentro de la Iglesia de Inglaterra tenía simpatías y expectativas en su relación con la Iglesia Católica. La medida simplemente reflejaba las condiciones específicas en que estos matrimonios tenían lugar, lo que a su vez evidenciaba la relación desigual que se establecía en este momento con la Iglesia Católica, que, aunque reconocida como legítima por la Iglesia Anglicana, estaba lejos de devolver esta apreciación.

Pero si bien la Iglesia Anglicana no ponía trabas prácticas a los matrimonios interreligiosos, su obispo sí advertía sobre las consecuencias perniciosas que se seguían de estos:

“El marido protestante objeta a que su esposa se confiese, lo que por supuesto es obligatorio en su Iglesia, con el resultado de que ella se convierte en una católica romana negligente, mientras él por su parte, como forma de compromiso o para seguir su ejemplo, deja de asistir a su propio lugar de culto, si es que alguna vez fue un fiel [...] Este compromiso de indiferencia debe debilitar el espíritu de los niños nacidos de matrimonios mixtos, y si todavía pertenecen a ella, tender a separarlos de la comunidad británica local. Sería mucho mejor [...] que se los criara como católicos romanos practicantes.”²³

Este debilitamiento moral que el obispo auguraba para los contrayentes y su descendencia tenía su origen justamente en su identidad mixta, entendida como una pérdida, una renuncia a una identidad nacional y religiosa inequívoca que dejaba al individuo a la deriva. Esta idea no era privativa de Every, ni de las aspiraciones de continuidad de la colectividad inglesa o anglicana. Por el contrario, refleja el ideal de la nación lingüística y políticamente homogénea propia del nacionalismo moderno, que implica una noción de individuo uninacional. También en la Argentina se miraba con sospecha a estos individuos cuya lealtad nacional no era clara, y se consideraba al inmigrante desarraigado como un potencial peligro político.

Esta situación peculiar del inmigrante que se encontraba entre dos mundos resultaba notoria para los contemporáneos, y constituía en general una experiencia indudablemente dolorosa para aquel que, confrontado con un ideal de ciudadano de una única nación monolingüe, experimentaba su propia doble identificación bilingüe y binacional.²⁴ Esta podía incluso ser estigmatizada y vivida como una carencia antes que como una riqueza. Para Every, por

²³ EVERY, Edward *Twenty-five years...*, cit., p. 74.

²⁴ CORTÉS CONDE, Florencia *Los angloargentinos...*, cit., pp. 36-37.

ejemplo, ser inglés y argentino implicaba mantener fidelidades imposibles.²⁵ Era necesario optar, y la opción incluía tanto a la nacionalidad como a la religión. Es de destacar que, vista desde esta perspectiva, la posición del obispo anglicano era similar a la que sostendría en esos años Monseñor De Andrea frente a los mismos ingleses que concurrían a los servicios religiosos de Every en la Pro-catedral de San Juan:

“estando nuestra alma nacional tan compenetrada de religión, no es posible renegar de nuestra religión sin renegar también del alma nacional”²⁶

El ideal, para ambas iglesias, era la unificación entre religión y nacionalidad, y por ende, la separación clara y tajante entre argentinos católicos y extranjeros anglicanos. Desde esta coincidencia se podía construir una convivencia pacífica. Every consideraba a la Iglesia Católica como la más apropiada para la cultura de la raza latina, en sintonía con las ideas que circulaban en la facción anglocatólica de la Iglesia Anglicana en Gran Bretaña. Esto no implicaba que se le perdonasen sus faltas, por las cuales Every consideraba "trágico que un continente con un futuro tan grande como el que promete América del Sur tenga como inspiración y guía a la Iglesia Católica".²⁷

Aún si desde el punto de vista protestante la Iglesia Católica hacía un pobre papel, y era culpable del descreimiento que predominaba en los sectores educados de la población “nativa”, y de la ignorancia religiosa de los sectores populares, en 1910, y desde la perspectiva de un obispo anglicano devenido en líder étnico, hablar de una iglesia que correspondía naturalmente a cada raza permitía delimitar esferas de actividad siguiendo las fronteras nacionales y evitaba el conflicto, puesto que convertía la actividad conversionista que por entonces desarrollaban otras denominaciones (e incluso otros sectores de la Iglesia Anglicana) en poco menos que un sinsentido.

Implantar el amor por el "hogar"

²⁵ Cfr. EVERY, Edward *Twenty-five years in South America*, op. cit., p. 64.

²⁶ Palabras pronunciadas por Monseñor Miguel de Andrea en el salón “Príncipe Jorge” el 11 de agosto de 1913 agradeciendo la demostración organizada en su honor, reproducidas por HALPERÍN DONGHI, Tulio en *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino IV, Buenos Aires, 2000, p. 431.

²⁷ EVERY, Edward *Twenty-five years...*, cit., pp. 59-60.

Hemos visto más arriba que los hijos de padres de diferentes nacionalidades y/o religiones corrían una serie de riesgos, que iban desde su pérdida total para la colectividad a su debilitamiento moral. Pero no sólo los niños que eran producto de matrimonios mixtos se encontraban en riesgo. También lo estaban aquellos que, hijos de padres ingleses y anglicanos, se veían igualmente expuestos al medio “nativo” en el que vivían, que en contraposición a la moralidad inherente a lo inglés era pensado como inmoral. Every dedicó largos párrafos en sus libros a la “atmósfera moral degradada de América del Sur”²⁸ y a sus nocivos efectos sobre los niños. Entre ellos se encontraba la naturalización del robo. Every relataba la anécdota de un inglés, cabeza de una compañía de ferrocarriles, quien durante la Primera Guerra Mundial tuvo que emplear muchos argentinos para reemplazar a los británicos que se presentaban como voluntarios en el frente, y sufrió una oleada de robos a la empresa por parte de los empleados. El inglés en cuestión, contaba Every con evidente beneplácito, estaba decidido a enviar a sus hijos al colegio en Inglaterra para evitar que adquiriesen esa "mácula moral".²⁹

Luego venía la propensión a mentir, ligada con el acento extranjero que denunciaba claramente el excesivo contacto con los “nativos”; la baja moralidad sexual; y finalmente, el reforzar las palabras con gestos, una costumbre muy latina que era un indicio de la pérdida o el deterioro de “lo inglés”.³⁰ Ante esto, la vigilancia de los padres era esencial. La enseñanza del idioma y las costumbres inglesas tenía una dimensión claramente moralizadora, pero no era suficiente. Every enfatizaba la tendencia natural de los niños a amar su lugar de nacimiento, y las dificultades que esto planteaba a sus padres:

“ implantar en los niños nacidos de ingleses en el extranjero ese amor del *hogar* y de sus tradiciones que desean los padres leales es una cuestión difícil y delicada, que requiere el mayor tacto y simpatía, especialmente porque los niños pronto descubren que legalmente pertenecen a su país de nacimiento, y rápidamente se identifican con él, y resienten cualquier menosprecio que se haga de él. Algunas veces los padres tienen demasiado éxito, como cuando un enojado inspector de escuelas, molesto porque encontraba al colegio demasiado inglés, le preguntó a una niña cuál era su nacionalidad, y ella contestó, con más veracidad que tacto: ‘Argentina, pero esa es mi desgracia,

²⁸ Cfr. EVERY, Edward *Twenty-five...*, cit., p. 58, y *South American Memories of Thirty years*, cap. 2 “Amazing attitude towards religion”.

²⁹ EVERY, Edward *Twenty-five years...*, cit., p. 52.

³⁰ EVERY, Edward *Twenty-five years...*, cit., pp. 75-76.

no mi culpa’.”³¹ El temor ante la asimilación no era una preocupación que se limitara al ámbito de la Iglesia Anglicana, ni era muy novedoso. Un corresponsal de *The Times*, impresionado por el enorme crecimiento de la inmigración y de las empresas británicas en las décadas de 1880-1890, había predicho en 1892 (cuando todavía las instituciones de la colectividad no estaban demasiado desarrolladas) que aparecería “una nueva y más enérgica raza de argentinos” que sería de sangre anglosajona, pero hablaría castellano y odiaría a Gran Bretaña porque “los hijos de padres ingleses que nacen en países de habla hispana casi invariablemente quieren a su tierra natal con pasión.”³² El miedo inicial fue seguido por cierta confianza, apoyada en la prosperidad de la colectividad, y en el auge de sus instituciones. Pero permaneció latente, y durante la década de 1920 reapareció con fuerza en relación a los niños, hijos y nietos de inmigrantes de un país cuyo prestigio y poderío internacional disminuía, y a una colectividad ya menos dinámica y en vías de empobrecimiento.

Dado que lo inglés, la moralidad y la religión anglicana eran vistos como indisolublemente unidos, la educación nacionalizadora aparecía como un deber pastoral, e incluso adquiriría carácter misional. La solución para los niños nacidos en estas tierras lejanas era un buen colegio inglés. Algunos ingleses acomodados enviaban a sus hijos como pupilos a colegios en Inglaterra, pero esta no era una solución al alcance (ni del agrado) de todos, lo que volvía necesarios a los *English schools* locales.³³ La escuela pública no era admisible, pero no por falta de calidad académica. De hecho, la preocupación por la calidad de los conocimientos que adquirirían los niños en las escuelas inglesas estaba conspicuamente ausente de casi todas las intervenciones en torno de ellas. El objetivo al crear escuelas comunitarias era otro: era el de crear una continuidad entre padres e hijos, darles “algo en común”, una perspectiva cultural y lingüística compartida. Mandar a los hijos pupilos a Inglaterra o a un internado local era una renuncia dolorosa, pero pasajera. La verdadera renuncia a los hijos consistía en entregarlos a la cultura de su país de nacimiento, que los padres no podían compartir.³⁴

³¹ EVERY, Edward *Twenty-five years...*, cit., p. 65. El resaltado nos pertenece.

³² HERVEY, M. H. *Dark Days in Chile*, 1892, p. 18, citado por KIERNAN, Victor *The Lords of Human Kind. European Attitudes to Other Cultures in the Imperial Age*, Serif, Londres, 1995 (1969), p. 302.

³³ Cfr. EVERY, Edward “The Church’s Mission in Christendom. White Settlers in South America”, *Pan-Anglican Congress, 1908*, SPCK, Londres, 1908, vol. 6.; *Twenty-five...*, cit., pp. 52 y 75.

³⁴ Cfr. *The Standard*, 17 de agosto de 1925, 8va sección, p. 13; Every, *Twenty-five...*, cit., p. 69.

Si bien las iniciativas privadas para fundar colegios en los que se enseñara en inglés son tan antiguas como la colectividad misma, y ya en las primeras décadas posteriores a la independencia existían pequeñas escuelas para los hijos de los inmigrantes británicos, también es cierto que el momento de gran desarrollo de los colegios ingleses fue el de los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, cuando la colectividad creció aceleradamente al ritmo de los negocios argentino-británicos.

La Iglesia Anglicana no fue ajena a esta expansión. Por el contrario, alentó, difundió, e hizo propaganda de las iniciativas privadas; y además fundó directamente varios de estos colegios.³⁵ La Iglesia sostenía con sus fondos (fuesen los de la diócesis, los de la parroquia, o los de alguna sociedad misionera) a varios de estos establecimientos, que además recaudaban para su sustento la cuota pagada por padres ingleses, angloargentinos, argentinos o de otras nacionalidades. En efecto, a los colegios asistían muchos alumnos con el objetivo de dotarse de una prestigiosa educación inglesa, o porque se trataba de la única escuela protestante de la zona, puesto que en los colegios se daba a menudo algo de instrucción religiosa. El *English School* de Mendoza, por ejemplo, tenía en 1913 alumnos argentinos, italianos, alemanes y holandeses.³⁶ La Iglesia proveía capellanes para los colegios fundados por ella; a menudo esta era simplemente una función más de las que desempeñaba el pastor local, que en general también era uno (si no el único) de los docentes de la escuela.

Dentro de la estrategia educativa organizada desde la Iglesia los internados, como St. George's o el Rosario *English School*, cumplieron un rol central, el de ser lugares a los cuales los padres ingleses podían enviar a los niños con la seguridad de que se admitiría la menor cantidad de nativos posible (sólo los eminentemente necesarios para mantener el colegio en funcionamiento) y de que la atmósfera sería la debida, tanto en el aspecto religioso como en el de las costumbres y la lengua inglesa.

³⁵ La Iglesia tuvo una política educativa similar en otros países de América del Sur. Véase como ejemplos VENEZIAN, Silvia *Misioneros y maestros: la educación inglesa y norteamericana en Chile en el siglo XIX*, tesis de licenciatura presentada ante el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, abril de 1993; y CARVALHO BICA, Alessandro "O Colégio Diocesano Santa Margarida, aspectos da Educação Feminina de uma Escola Anglicana na cidade de Pelotas", ponencia s/f.

³⁶ *Diocesan Magazine*, abril de 1913, p. 173.

Muchos colegios comenzaron como escuelas parroquiales, para luego evolucionar hacia convertirse en emprendimientos privados.³⁷ Esta era una evolución lógica si consideramos que las mismas parroquias eran a menudo asociaciones privadas propiedad de los fieles. La “privatización” de los colegios podía consistir simplemente en la creación de una sociedad separada de la parroquia, pero compuesta por los mismos socios, o por aquellos socios en mejor situación (o más dispuestos) para aportar el capital necesario para mantener el colegio en funcionamiento.

Por otra parte, el camino podía ser el inverso, y un colegio comenzado como emprendimiento privado podía ser absorbido por la Iglesia.³⁸ Con el fin de impedir el "deterioro" de los niños angloargentinos la Iglesia se mostraba dispuesta a sostener escuelas incluso donde parecía claro que el número de alumnos solo podía descender, y mantenía también otros tipos de lazos, que iban más allá de la mera posesión directa de los colegios.³⁹ También existían ocasiones en las que la Iglesia se asociaba con otras instituciones, notablemente con las compañías de ferrocarriles, para crear instituciones educativas de beneficio mutuo.⁴⁰

Los *English schools* no eran la única expresión educativa dependiente de la Iglesia. La *South American Missionary Society*, una sociedad misionera anglicana de actuación decisiva en esta etapa, intentaba establecer escuelas dondequiera que sus agentes se instalaran, con el objetivo final de atraer a la población en general hacia el culto protestante. Las situaciones eran de lo más variadas, pero podemos vislumbrar un *modus operandi* que, a nuestro entender, reflejaba cierto acuerdo básico entre la SAMS y el obispo. Se trata de una estrategia dual, o si se quiere, trídica, cuyo pilares eran el

³⁷ Un caso notable de esta evolución la constituyen los dos grandes colegios originados en Quilmes: St. Alban's, fundado en 1907 por el Rev. George Henry Knight-Clarke, párroco de la iglesia de Todos los Santos, y St. George's, creado en 1898 por el Canónigo Stevenson.

³⁸ Es el caso del St. Hilda's College, de Hurlingham, que comenzó como un colegio llamado Cricklewood, en Quilmes. La fundadora, Mabel Holland, había sido la institutriz de las hijas del Canónigo Stevenson y éste la persuadió para que creara un colegio para niñas pupilas, en paralelo al St. George's cosa que hizo en 1912. Para 1927 la situación económica del colegio era desesperada y Every ofreció tomarlo para la Iglesia con la condición de que se mudara a Hurlingham y cambiara su nombre a St. Hilda's.

³⁹ Este fue, por ejemplo, el caso de Villa Devoto (Buenos Aires), donde un colegio privado cuyo capellán era un párroco anglicano, el Rev. J. A. Rickards, alquiló el salón de la iglesia local para su uso durante los días de semana hasta 1943.

⁴⁰ Un ejemplo de esto es el caso de Junín, en donde el centro de trabajo de la Iglesia era el colegio inglés construido para los hijos de los empleados del Ferrocarril Central Pacífico, con un subsidio de la compañía, pero en edificio y terrenos propios, con una maestra y un capellán dependiente de la Iglesia. La empresa había fundado y mantenía la escuela como un beneficio (y un atractivo) para sus empleados. La Iglesia obtenía el derecho de usar la escuela para funciones religiosas.

establecimiento de un *English school* pago, al que acompañaba en paralelo un colegio gratuito donde la enseñanza se hacía en castellano (el *Spanish free school*) y, finalmente, una escuela dominical en inglés y castellano a la que asistían los alumnos de ambas instituciones.⁴¹

Esta estrategia tendía a segregar a los niños de la colectividad de aquellos a quienes se buscaba convertir, y constituía una solución de compromiso a las demandas respectivas que la nación y la obligación paulina de evangelización hacían sobre la Iglesia. Así, mientras la sociedad misionera anglicana mantenía centros activos entre los indígenas del norte y en sur argentinos, y en los barrios más carenciados de Buenos Aires y Rosario, la Iglesia logró mantener su imagen de institución dedicada únicamente a la colectividad inglesa.

Continuar Inglaterra, recrear Inglaterra

Para comprender la importancia que la Iglesia daba a la pérdida de la nacionalidad, debe considerarse la construcción de sentido de la cual buscó dotar a la emigración. Desde su discurso, la presencia de los británicos y sus descendientes en la Argentina era elevada a algo que iba mucho más allá del “hacer la América” o los exitosos tratos comerciales. Se trataba de darle a la comunidad un sentido de misión, del cual todos (y no sólo los pastores) podían y debían participar.

Existía, como lo hemos mencionado, un repertorio ideológico que insistía en la misión religiosa de todo anglicano frente a aquellos que no eran cristianos o que poseían una versión “inferior” del cristianismo. Estas ideas propiciadas por la Iglesia podían ser interpretadas como un llamado a la actividad evangelística, pero también podían ser leídas

⁴¹ Quizás el ejemplo más completo de esta estrategia puede verse en Rosario, donde la SAMS creó una capellanía dirigida a los ingleses en 1868, a la que luego se sumó un colegio inglés para varones, uno para niñas, una escuela en castellano gratuita, un hogar de huérfanos, dos escuelas dominicales, servicios misioneros, y una completa organización eclesiástica. Véase LAMOND FALCONER, Pedro “Centenario de la Iglesia Anglicana de San Bartolomé” en *Revista de Historia de Rosario*, año VIII, no. 19, enero-junio de 1970, pp. 3-24; los informes contenidos en MARSH DE GARDINER, Elizabeth L. *Records of the South American Missionary Society*, SAMS, Londres, 1895; EVERY, Edward *The Anglican Church in South America*, op. cit., cap. 1.; YOUNG, Robert *From Cape Horn to Panama. A Narrative of Missionary Enterprise among the Neglected Races of South America, by the South American Missionary Society*, SAMS, Londres, 1905; *South American Missionary Magazine*, agosto de 1911, pp. 140-141.

en el sentido de la necesidad de convertirse en un ejemplo de vida cristiana, de dar testimonio de la superioridad de la fe en los actos cotidianos.

La concepción misional de la presencia anglicana en la Argentina permitía la idealización de los contenidos atribuidos a “lo inglés”, origen de la disculpa reiteradamente ofrecida por Every, según la cual los ingleses, a diferencia de otros extranjeros perdían sus virtudes nacionales si eran absorbidos, así que lo mejor para la Argentina era que eso no sucediera. La nacionalidad inglesa era, como lo dijo Every en más de una ocasión, “diferente”, “única”, porque tenía una misión que Dios quería que cumpliera. Más aún, Él estaba dispuesto a castigar a su “pueblo elegido” como había castigado a Israel si traicionaba su propósito.

Esto puede observarse claramente cuando en el momento álgido del patriotismo de la colectividad, en plena Primera Guerra Mundial, la *Diocesan Gazette & Chronicle* instó a los fieles a arrepentirse de sus pecados porque consideraba a la guerra (a la que sin embargo reconocía justa e inevitable) como el castigo de Dios por los pecados de la nación inglesa. En consonancia con lo que la Iglesia estaba haciendo en Inglaterra, en noviembre de 1916 se establecieron unas jornadas especiales para una “Misión Nacional de Arrepentimiento y Esperanza”. La participación en ellas implicaba efectuar un profundo examen de conciencia con el fin de descubrir cuáles eran los pecados propios de los que correspondía arrepentirse. La revista, sin embargo, los proponía claramente:

“¿Hemos representado entre poblaciones extrañas a las mejores tradiciones de la raza inglesa? ¿Hemos recordado en nuestra vida diaria y conducta que somos los custodios del honor del Imperio? ¿No hemos hecho de ‘la costumbre del país’ una excusa para quebrar los claros mandamientos de Dios?”⁴²

El abandono de las tradiciones de origen había sido elevado en este artículo a la categoría de pecado, y su castigo era la guerra que por entonces mataba no solamente a aquellos amigos y familiares que permanecían en Inglaterra, sino también a los hijos de los angloargentinos que iban a luchar a Europa.

La coyuntura de la Gran Guerra dio múltiples ocasiones a la Iglesia para actuar como iglesia nacional. En primer lugar, su incondicional apoyo a la guerra como causa justa implicaba una renuncia implícita a la postura de iglesia universal, aún si se intentaba

⁴² *Diocesan Gazette & Chronicle*, octubre de 1916, p. 167- 168.

conciliar los dos aspectos en pugna rezando por el enemigo. Por otra parte, este apoyo dio lugar a una importante cantidad de actividades que iban desde las bufandas tejidas para los soldados por las integrantes de la *Girls Friendly Society*, a los cursos de enfermería que las mayores de ellas tomaban en conjunto,⁴³ la confección de ropa para los prisioneros de guerra internados en Alemania organizada por la *Helper's Guild*,⁴⁴ la colaboración con la Cruz Roja, y, por supuesto, los rezos, que incluían intercesiones por la guerra en la Pro-Catedral tres veces por semana y recordatorios especiales de los miembros de cada parroquia que se encontraban en el frente en todos los servicios religiosos.⁴⁵ La *Diocesan Gazette & Chronicle* reprodujo, por ejemplo, agradecimientos a Dios “por el patriotismo sostenido, que todavía sigue enviando de lo mejor que tenemos a la guerra”,⁴⁶ y discursos patrióticos dirigidos a los niños instándolos a rezar por la paz y a pensar cada día en el sufrimiento que los soldados pasaban por su patria.⁴⁷

Entre aquellos 4.852 miembros de la colectividad británica que se marcharon al frente estaban varios clérigos anglicanos de la diócesis, que sirvieron como capellanes en el ejército, o incluso como soldados.⁴⁸ La Iglesia hizo más adelante suyos los nombres de los caídos instalando una tableta conmemorativa en la nave de la Catedral.⁴⁹

Algo similar ocurrió en ocasión del Centenario de la Iglesia Anglicana en el Río de la Plata, que coincidió con el del Tratado de Comercio y Amistad entre Gran Bretaña y las Provincias Unidas. También en esta ocasión el entusiasmo religioso se vio teñido de nacionalismo, particularmente exaltado por la visita del Príncipe de Gales. La plegaria de agradecimiento que se hizo al inicio de las celebraciones, en el servicio vespertino del 16 de agosto, resultaba particularmente expresiva:

“Oh Padre Todopoderoso [...] te rogamos aceptes nuestras humildes y calurosas gracias por los cien años de vida que Tú le has concedido a la Iglesia de nuestra raza inglesa en las Repúblicas del Río de la Plata. Ten piedad de estas tierras, en las cuales nuestros padres han vivido y muerto, y

⁴³ *Diocesan Gazette & Chronicle*, enero de 1915, p. 42.

⁴⁴ *Diocesan Gazette & Chronicle*, octubre de 1915, p. 174-175.

⁴⁵ *Diocesan Gazette & Chronicle*, enero de 1915, p. 25.

⁴⁶ *Diocesan Gazette & Chronicle*, octubre de 1915, p. 135.

⁴⁷ *Diocesan Gazette & Chronicle*, julio de 1915, p. 128.

⁴⁸ Para un retrato más completo de las formas en que la colectividad británica se comprometió con el esfuerzo de guerra, véase HOLDER, Arthur L. -editor y compilador- *Activities of the British Community in Argentina during the Great War (1914-1919)*, imprenta de *The Buenos Aires Herald*, Buenos Aires, 1920.

⁴⁹ El *War Memorial* fue dedicado a principios de 1921. Cfr. *Diocesan Gazette & Chronicle*, febrero de 1921, pp. 26-31.

danos siempre, si esa es Tu voluntad, salud e influencia, un comercio próspero, amistad y honor entre las naciones con las cuales vivimos”.⁵⁰

El rezo encerraba toda una definición de la Iglesia Anglicana como nacional, a la que se sumaba una admisión de que los fieles agradecidos habían nacido en la Argentina y también una reivindicación: se seguían considerando ingleses, comunidades comerciales “huéspedes” que aspiraban a ejercer su influencia y a gozar de excelentes relaciones con las repúblicas sudamericanas en las cuales nacían, vivían, y morían, pero sin pertenecer a ellas.

El sermón de Every, en el servicio matutino del 23 de agosto, confirmaba esta definición. A partir del texto elegido, el del Salmo 147.20, “Él no ha tratado así a ninguna nación”, el obispo recalcó el carácter de pueblo elegido de Gran Bretaña, y el origen divino y el carácter cristiano del Imperio, preguntando:

“¿Por qué estamos aquí? ¿Cuál es el sentido real de esta comunidad británica domiciliada en la Argentina?’ Muchos, sin duda, responderían ligeramente: ‘Hacer dinero y retirarnos’; pero como comunidad espero que podamos tener una visión más alta que esa [...] Si una parte tan vasta del mundo ha pasado bajo nuestro dominio, entonces es un fideicomiso de Dios; gobernamos para beneficio de los gobernados, entrenamos a las razas primitivas o atrasadas para la libertad, apuntamos a un commonwealth de naciones libres, el Imperio Británico es nada menos que un experimento de libertad humana [...] ¿Acaso África y la India no son testigos de los beneficios que confiere nuestro dominio? [...] no creo que Milton estuviera enteramente equivocado cuando dijo que si Dios tenía algún trabajo especialmente difícil para hacer, Él lo reservaba para sus ingleses. [...] los más altos ideales del Imperio son cristianos si nos dedicamos a servir a la humanidad. Es la oportunidad dada por Dios a nuestra raza y nuestro Imperio en su expansión mundial, ‘Él no ha tratado así a ninguna nación.’ A ninguna otra nación le ha dado Dios tales oportunidades de servir al mundo. Y quienes estamos fuera del Imperio no estamos excluidos. Nosotros también podemos servir a nuestra generación en esta tierra, donde nuestra raza ha vivido por cien años.”⁵¹

Estas eran declaraciones de una fe extraordinaria en la idea del “deber del hombre blanco”, sobre todo para una fecha tan tardía como 1925, aunque debemos recordar que el obispo se había formado en la década de 1880, en pleno apogeo del imperialismo. Con estas palabras, Every expresaba al mismo tiempo su conciencia de la superioridad inglesa como algo acorde con el plan divino, y el fin misional de esa superioridad, y volvía a

⁵⁰ *Diocesan Official Gazette and Chronicle*, septiembre de 1925, número especial del Centenario, p. 1.

⁵¹ *Diocesan Official Gazette and Chronicle*, septiembre de 1925, número especial del centenario, pp. 25-27.

justificar desde el plano moral-religioso a esta comunidad en su decisión de mantenerse inglesa, mostrando la función de preservación comunitaria de la Iglesia: para llevar a cabo la misión que les había sido encomendada por Dios era esencial que los ingleses siguieran siéndolo, pero además ¿qué persona temerosa de Dios renunciaría a ser parte del pueblo elegido? Más aún, la retórica del pueblo elegido identificaba al cristianismo como la base de la superioridad inglesa, y sancionaba positivamente un sentido nacional del mismo.

Por otra parte, sabemos que casi la totalidad del clero anglicano estaba compuesta por ingleses nativos, que salvo contadas excepciones solían venir por un período de tiempo muy limitado (a menudo dos o tres años, a lo sumo unos cinco). Como resultado, buena parte del clero anglicano desconocía la lengua local, y casi ignoraba las costumbres locales. No eran los únicos. La bibliografía de corte impresionista relata una y otra vez historias de inmigrantes jóvenes que vinieron a la Argentina bajo contrato con alguna empresa británica y que, siendo recibidos por la densa red de instituciones de la colectividad, se fueron luego de un período similar al de los pastores sin haber casi tenido trato con los “nativos” y sin haber aprendido una palabra de castellano.⁵²

Esta particularidad hacía de la Iglesia necesariamente un refugio de lo inglés. Los párrocos, con todo su poder de sanción simbólica sobre qué era “lo correcto” (y que además, en muchas parroquias, presidían la comisión que tomaba las decisiones administrativas de la iglesia), se dirigían a sus fieles como compatriotas, según los códigos culturales vigentes en Inglaterra, y esperaban de ellos que los compartieran. Por otra parte, la colectividad no tenía interés alguno en que actuaran de otro modo, habiendo hecho una clara elección por el mantenimiento de la nacionalidad inglesa.

Por todo ello, la religión se vinculó de manera casi inexorable con la lengua, en desmedro tanto de las posibilidades evangelizadoras como de la inclusión de muchos descendientes de ingleses que habían perdido el idioma de sus padres. En efecto, a pesar de que el primer sínodo, de 1912, reconoció el problema que planteaban los descendientes de ingleses que ya no conocían la lengua usada para el culto en sus resoluciones oficiales,⁵³ en la práctica no se hizo nada para paliar la merma de fieles que iba asociada a la pérdida de la lengua, que era prácticamente equiparada con la pérdida de la nacionalidad.

⁵² Véanse los ejemplos de JAKUBS, Deborah Lynn A *Community...*, cit.

⁵³ *Diocesan Magazine*, octubre de 1912, pp. 14-15.

Aquellos que ya no hablaban inglés no eran ingleses sino “descendientes”, y “pertenecían” a otros países. Los únicos lugares en los que había servicios en castellano eran los dos grandes centros de misión urbanos de la SAMS. Por lo demás, como Every lo reconocía, la ignorancia del idioma por parte de los clérigos limitaba severamente su capacidad de ampliar el trabajo eclesiástico, incluso cuando encontraban inmigrantes no ingleses que no eran católicos y que hubieran deseado sus servicios.⁵⁴

Esta situación adquirió ribetes dramáticos con el correr del tiempo. En el Sínodo de 1942 el Rev. Federico Cowes, uno de los únicos dos clérigos de los de alrededor de veinte que operaban en la Argentina que habían nacido en ella, recalcó que había un número creciente de angloargentinos que ya no hablaba inglés, y dijo con bastante dureza

“pueden criticar a sus padres todo lo que quieran, pero el hecho es que esta gente no habla inglés. Por lo tanto es de suma importancia que haya oficios de la Iglesia de Inglaterra en castellano”.⁵⁵

La opción por la colectividad nacional, que llevaba a la Iglesia a abandonar a su suerte a aquellos que perdían el idioma, tenía su contraparte en el elogio de aquellos que hacían un esfuerzo a veces considerable por mantener activo el culto en lengua inglesa. Así, Every aclaraba que incluso aquellos miembros de la comunidad que hablaban con más facilidad el castellano que el inglés preferían los servicios religiosos en el idioma de sus padres, “por las viejas asociaciones o posiblemente por orgullo de raza”,⁵⁶ y relataba la historia conmovedora de aquel hombre ya mayor que, aislado en una remota zona rural del Uruguay, leía cada domingo la Plegaria Matutina, aunque nunca había visto Inglaterra. Frente a éste y otros ejemplos, Every concluía: "Uno no puede sino respetar tal patriotismo".⁵⁷

Lo curioso, a nuestro entender, no es tanto que la religión fuera imbuida de nacionalismo por los fieles ante la distancia de la patria de origen, si bien resulta muy notable como esta imbricación se mantuvo durante generaciones, tiñendo cada vez más claramente a la Iglesia de funciones y valores que no eran los mismos que eran depositados en ella en Inglaterra. Lo que nos parece realmente llamativo es que, ante semejante prueba de lealtad religiosa, el obispo pensara en ello como una muestra de patriotismo. La identificación

⁵⁴ EVERY, Edward *Twenty-five...*, cit., p. 113.

⁵⁵ Citado por GEORGE, David *Historia de la Iglesia Anglicana de la Argentina, 1825-1994*, edición del autor, Buenos Aires, 1999, p. 91.

⁵⁶ EVERY, Edward *Twenty-five...*, cit., p. 68.

⁵⁷ EVERY, Edward *South American...*, cit., p. 73.

inmediata entre nación y religión no era sólo obra de los fieles, sino que provenía de la estructura eclesiástica.

Debemos considerar que la construcción de una organización anglicana integrada y superadora del nivel local en la Argentina implicaba la creación de una identidad común, es decir, de una comunidad imaginada⁵⁸ y de los valores que la sustentaban, a partir de una masa de personas en permanente movimiento y renovación. La colectividad inglesa no era estable, sino que se componía de una miríada de individuos en situaciones muy variadas: desde el estanciero que normalmente no entraba en contacto con más de una o dos familias, al viajero que paraba en Buenos Aires por unos meses, a los trabajadores ya mencionados que venían bajo contrato y solo permanecían en el país por unos años, a los angloargentinos de segunda, tercera o hasta cuarta generación que nunca habían visto Inglaterra o solo la conocían a través de viajes más o menos breves, o los inmigrantes que rehusaban reconocerse como tales y se preferían el nombre de "expatriates" (expatriados). La apelación a la identidad inglesa, que permitía capitalizar largos siglos de una construcción identitaria realizada en Europa, resultaba la base más firme para semejante empresa, la forma más adecuada de abarcar a todos aquellos que hasta el momento se habían contentado con sostener a la parroquia o la capilla local, y que se habían sentido identificados a lo sumo con la pequeña comunidad de ingleses y angloargentinos que conocían personalmente. Esta apelación a la *Englishness* era acompañada y sostenida por una ritualidad y por un soporte material acordes, que permitían recrear en la iglesia a Inglaterra, y entrar en contacto no sólo con la religión, sino con la lengua, las tradiciones y la arquitectura del país de origen. Every lo decía muy abiertamente:

“El trabajo sigue el modelo de casa tanto como es posible [...] en verdad la iglesia en el extranjero es preciosa en buena medida porque da, como no puede hacerlo ninguna otra cosa, una atmósfera de casa— casa al menos en sus aspectos cristianos. A menudo me he percatado, visitando una de las iglesias suburbanas, de como uno podría creerse en casa otra vez— el edificio en estilo inglés temprano, los muebles y las decoraciones característicamente anglicanos, el familiar servicio del Libro de Oraciones, la típica congregación inglesa, excepto quizás por algún hombre joven vestido con el uniforme del ejército argentino, porque todos los nacidos aquí tienen que servir. En circunstancias semejantes, la imagen del entorno de casas construidas en el estilo español en la

⁵⁸ Según la feliz definición de ANDERSON, Benedict en *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F.C.E., México, 1993.

calle bordeada de árboles, en manzanas parejas y regulares, simplemente se desvanece de la mente, y casi olvidamos que estamos en un país extranjero.”⁵⁹

Así, la iglesia adquiriría las características de un verdadero monumento a la nacionalidad de origen, y agregaba a sus funciones religiosas la de mantener viva en la memoria de los emigrantes la imagen de aquel país lejano, y la de llenar de un contenido emotivo y concreto las referencias a aquel que recibían los niños a través de los padres y/o la escuela.⁶⁰ Más aún, las tabletas conmemorativas, los vitrales e inscripciones que recordaban a los fieles pasados que habían aportado a la construcción y las mejoras del edificio, servían para que el fiel pudiera reconstruir simbólicamente esa línea más o menos larga que lo unía con el país de origen de sus padres, abuelos o bisabuelos recordándole la vida de quienes lo habían precedido, y la existencia de la comunidad.⁶¹ La iglesia era, entre otras cosas, aquel lugar en el que aquellos que pretendían seguir siendo ingleses se encontraban con un pastor inglés quien era portador de un discurso que reconfirmaba las pretensiones de los fieles, y que los hacía participar de una ceremonia que probaba sus cualidades nacionales a través del conocimiento de una lengua y unas tradiciones diferentes a las del entorno.

Palabras finales

El caso de la Iglesia Anglicana no fue, desde luego, el único de una iglesia protestante volcada a una identificación fuerte con una nacionalidad específica. Los escoceses, a través de la Iglesia Presbiteriana y la Sociedad de San Andrés del Río de la Plata; los galeses, intentando recrear a Gales en el Chubut, y sostener sus tradiciones no-conformistas; los

⁵⁹ EVERY, Edward *Twenty-five*, cit., p. 112.

⁶⁰ De manera semejante, Fernando Williams refiere las formas de construcción de un “paisaje cultural” por parte de los galeses en la Patagonia (“Paisaje y narración: algunas consideraciones sobre el relato bíblico”, ponencia s/f). La arquitectura y la modificación del paisaje (pensamos en las innumerables descripciones de las estancias aisladas en las que los viajeros se sorprendían al encontrar de pronto un jardín inglés), es decir, la reconstrucción del ambiente en base a las tradiciones culturales del inmigrante, volvía visible y reactualizaba el vínculo con esa nación idealizada que se había dejado atrás. Véase también WILLIAMS, Fernando *Entre el Desierto y el Jardín. Viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*, Prometeo, Buenos Aires, 2011.

⁶¹ Recordemos que HERVIEU-LÉGER, Danièle en *La religión, hilo de memoria*, Herder, Barcelona, 2005 (1993), ha postulado a la construcción mítica de un hilo continuo que une creyentes pasados, presentes y futuros en una identidad única, lo que ha denominado “linaje creyente”, como el hecho central que define al fenómeno religioso.

suizos en Misiones; los alemanes con el Sínodo Alemán del Río de la Plata; los daneses en el centro de la provincia de Buenos Aires, en todos estos casos pueden observarse las mismas tendencias: una iglesia convertida en centro de recreación de la etnicidad, con escuelas que dependían de ella y que apuntaban a imbuir a los niños de la cultura de aquel que se postulaba como su país “verdadero”, y una colectividad aferrada a la lengua "de origen", sin interés por el sostén de un culto en castellano.

Más aún, este patrón se repite en otros países de América Latina, en donde pequeñas colectividades de inmigrantes intentaron, particularmente en las zonas rurales alejadas, reproducir y reinventar la cultura de la patria perdida a través del cristianismo protestante. Ciertamente este fue el patrón predominante para la Iglesia Anglicana en Perú, Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y el norte de Brasil.

Dentro de los diversos casos, podríamos distinguir a aquellos donde esta reconstrucción se dio en una colonia rural, o en un pueblo, donde los lazos que se construían para reinventar la nacionalidad se superponían a las relaciones socio-económicas comunitarias, y donde la colectividad casi no necesitaba ser imaginada porque se trataba de relaciones personales que se daban cara a cara; de aquellos que se daban en un contexto urbano, o que extendían estos lazos para abarcar un territorio mucho más amplio y llegar a personas que no tenían oportunidad de encontrarse y que solo podían imaginar ese lazo horizontal característico del nacionalismo. Cuanto más ambicioso en términos territoriales y numéricos fuera el proyecto de sostener una identificación nacional-religiosa (y la diócesis anglicana original abarcaba en principio a toda América del Sur, con la única excepción de la Guyana), más dificultoso y “artificial” se volvía.

La particularidad de la Iglesia Anglicana consiste en haber estado en el centro de una colectividad antigua, poderosa, y en permanente contacto con el país de origen. La intensa circulación de personas y noticias tejía redes sociales muy densas y ámbitos de sociabilidad compartidos con otros británicos, otros protestantes, con los argentinos de diversa extracción social. Dentro de este complejo entramado social, la Iglesia Anglicana en tanto iglesia de colectividad se autoarrogó el rol de conciencia religiosa, moral y nacional de los ingleses y angloargentinos, insistiendo en su deber para con el país de origen y en la necesidad de no asimilarse.

Creemos que el análisis de este caso puede aportar puntos interesantes de comparación y permitirnos reflexionar sobre las formas en que la religión y la identificación nacional se han vinculado históricamente. Por otra parte, pensamos que contribuye a llenar de significado la categoría de "refugio de etnicidad" que hemos propuesto como adecuada para describir las funciones que las iglesias protestantes han cumplido en estos casos.⁶² Las iglesias no han sido solo un "refugio étnico", en el sentido de tratarse de espacios de acogida de inmigrantes, de lugares sociales en donde se podía esperar encontrarse con otros "iguales" que hablaban la misma lengua y compartían recuerdos y costumbres. Han sido también promotoras y creadoras de etnicidad, generando una ilusión de continuidad en el sentimiento de pertenencia nacional cuando éste podía debilitarse, depositarias autoconstituidas de aquel "verdadero" espíritu de la nacionalidad, de aquellos valores que establecían su esencia y de cuya invención ad hoc las iglesias se encargaron. Al cumplir con estas funciones han desarrollado aspectos y responsabilidades que resultan difícilmente comparables con aquellos que desempeñaran en sus lugares de origen, pero también han sellado su suerte, al encadenar su existencia a un sentimiento de pertenencia que el paso del tiempo y las circunstancias históricas iban a corroer en el futuro.

⁶² Véase SEIGUER, Paula "Inmigración e identidad. Las tensiones internas de la Iglesia Anglicana en la Argentina", presentado en las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 24 al 26 de septiembre de 2003, y "La Iglesia Anglicana y la comunidad inglesa en la Argentina. Conformación de identidad y estrategias misionales. Argentina, 1890-1930", tesis doctoral inédita defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 6 de agosto de 2009.